DEL FOLKLORE GARROVILLANO

TRADICIONES GARROVILLANAS, LEYENDAS RELIGIOSAS, CABALLERESCAS, TIPOS LEGENDARIOS, SUPERSTICIONES, IDIOMA, REFRANERO Y VOCABULARIO

Todas las leyendas tienen un fondo histórico, alrededor del cual la fantasía popular desbordada rodea una aureola milagrosa. La crítica histórica es la encargada de estudiar a fondo los hechos transfigurados, a través del tiempo y del espacio, por la fértil imaginación popular. Nada entiende ésta de tiempo ni de lugares; atraviesa mares y espacios y atribuye acá lo que ocurrió allende los mares, y a tal personaje hechos vividos y ejecutados por otros en épocas y lugares distintos. Fantásticas o históricas, son esencialmente necesarias para la vida espiritual de los pueblos, y ¡ay! de aquel pueblo que no tenga sus héroes, sus tradiciones y sus leyendas: es pueblo muerto. El entusiasmo desbordado de las multidudes por sus héroes y creencias, exalta las imaginaciones populares, acumulando hechos y aumentando los realizados, dando origen a las leyendas.

Nos ha parecido bien dividir las leyendas garrovillanas como encabezamos este artículo, agregando la histórica del convento de Franciscanos y la vida legendaria de Fray Amado.

Leyendas y tradiciones.—Entre las tradiciones populares las hay judaicas, moriscas y legendarias. En esta villa moraron los judíos quizás hasta su expulsión. Tuvieron una aljama muy célebre que debió estar en la calle de Juderías. Sin duda, la propensión a la usura, pequeños hurtos y falta de limpieza son herencias rabínicas. Existe la

tradición de que unos judíos apedrearon a un Cristo en su ermita de la dehesa de Villasbuenas, que por eso se llamó de las Injurias, siendo después trasladado a la iglesia de San Pedro, en cuya sacristía se conserva un cuadro que representa el hecho que narra la tradición. Quizás con estos sacrílegos judaicos se relacione la tradición de haber trasladado un Santo Cristo en un vehículo conducido por una yunta de bueyes, los que, al llegar a un sitio próximo al pueblo, se detuvieron y no hubo modo de hacerlos avanzar. En este sitio erigieron una ermita, en la que se venera la imagen del Cristo del Humilladero. (Simón Herrera. *Memorias inéditas.)*

Relacionado con el robo sacrílego de esta ermita, corre todavía la siguiente romanza popular:

Chaleca, Chaleca teme
A las iras del Señor;
Tu padre quitó la reja,
Cayó un rayo y lo mató..., etc.

Leyenda de la ermita de San Bartolomé.—Ocupó esta ermita el solar sobre el que se edificaron las casas números 1, 3 y 5 de la calle Nueva, y parte de la plaza denominada actualmente «El Santo». En este sagrado lugar ocurrió el siguiente hecho que la tradición ha conservado: Una joven, perteneciente a la familia de los Salgados, maltrató de obra a la autora de sus días, siendo maldecida por ésta con las siguientes palabras: «Permita Dios y San Bartolomé que te coma la mano derecha un cerdo.» Pasaron los años y murió la joven, siendo sepultada, como era costumbre en aquellos tiempos, en el interior del templo. Pocos días llevaba enterrada, cuando un cerdo penetró en la ermita y, hozando en la sepultura, descubrió el cadáver, comiéndose la mano derecha, cumpliéndose la maldición.

Milagros de San Pedro Alcántara.—Viniendo el Santo de Coria para Garrovillas, acompañado del lego Fr. Miguel, éste se lesionó un pie antes de llegar a la orilla derecha del Tajo, y como San Pedro tenía necesidad de pernoctar en el convento de San Francisco, ordenó al lego pasase la noche en aquel solitario lugar, mientras él se dirigía a Garrovillas, siguiendo la dirección de la luz de una hoguera que él creyó en la orilla derecha de mencionado río. Llegó a la hoguera que le había servido de guía y pidió al barquero que le pasase, pues tenía necesidad de llegar aquella misma noche a Garrovillas. Maravillóse el barquero de las palabras del Santo, pues no era posible que, no habiendo más barca que la suya y estando en la orilla izquierda,

hubiera pasado el río a pie, por lo que, creyéndole embriagado, le despidió un poco despectivo, diciéndole: «Duérmala, hermano, que el río ya le pasó», y le indicó la dirección del pueblo. El Santo llegó al convento, dando gracias a Dios por el milagro.

A la mañana siguiente, cuando llegó el lego al río, preguntó al barquero si pasó la noche anterior a un fraile, contestándole aquél que a quien se refería debía estar en extremo lastimoso, tanto de cuerpo, que más parecía un cadáver, como de espíritu, pues se empeñaba en que pasase cuando se encontraba allende el Tajo. Comprendió el lego que fray Pedro Alcántara había realizado un milagro, diciéndole que el fraile por quien preguntaba no era otro que San Pedro Alcántara; y cuéntase del barquero que cuando los pasajeros lo llamaban con urgencia para que les pasase el río, solía responder: «Tengan paciencia, hermanos, y si no hacer lo que San Pedro, que atravesó el río a pie.»

Otra vez que llegó San Pedro Alcántara a las barcas de Alconetar acompañado de otro hermano de su Orden, negóse el barquero a pasarlo, por la gran crecida del río y fuerte viento que se había levantado. Viendo el Santo la imposibilidad de pasar el Tajo, puso su confianza en Dios, postrándose de rodillas y rezando la siguiente oración: «¡Oh! Señor, a quien obedecen los vientos y el mar sobre el cual anduvísteis, y a los hijos de Israel dividísteis el mar Bermejo (Rojo) para que a pie enjuto pasase montañas de agua, si sois servidos, podéis entre las ondas de este río abrirnos camino, o condensar estas aguas y solidarlas para que pasemos, o nos podéis poner de otra parte el río, sin que nosotros demos paso alguno.» Terminada que fué esta plegaria, fueron instantáneamente transportado el Santo y su acompañante a la otra orilla, de cuyo milagro el barquero y cuantas personas lo presenciaron quedaron admirados. *(Vida de San Pedro Alcántara,* págs. 90 a 95, autor Fray Diego Madrid, tomo II.

Leyenda de la Virgen de Altagracia.—Narra la tradición que en los fervorosos tiempos del medioevo, en ocasión que una humilde pastorcilla apacentaba sus ganados en la dehesa de Villoluengo, vió sobre una peña una esbelta figura de mujer, cubierta de negro manto y aureola brillante en su hermosa testa coronada, deslizando entre sus divinos dedos las cuentas de un magnífico rosario.

La imagen, sólo visible para la niña, jamás pudo ser observada por los autores de sus días; pero ante las reiteradas manifestaciones de aquélla, excavaron bajo la peña, encontrando la imagen que hoy se venera con el título de Nuestra Señora de la Alta Gracia.

Bajo el pedestal de la Virgen (hoy bajo el Altar) se encuentra una piedra de granito que, al decir de las gentes del lugar, perteneció a la peña que narra la tradición.

Otra variante. La aparición a la pastorcita fué una imagen pequeñita que la zagala se llevaba en su zurrón a la cabaña y que desaparecía tantas cuantas veces se la llevaba, presentándosele siempre encima de la misma peña.

Levantada ésta, vieron una imagen de Nuestra Señora, que es la que actualmente se venera con el título de Nuestra Señora de Altagracia.

Leyenda dominicana.—Fué popular en los dominios dominicanos, generalizándose a poco de la conquista de esta isla por los españoles, sin que haya podido determinarse su origen. Cuéntase que un español que vivía en Duey, en el Seybo, fué a la ciudad de Santo Domingo de negocios, recibiendo el encargo de una hija suya de traerle una imagen de la Virgen de Altagracia. No pudo encontrarla, a pesar de buscarla por todas partes y haber acudido a sacerdotes y al Arzobispo, que si bien conocían el culto, ninguno había visto la imagen.

Acongojado tornó el padre a su casa, encontrándose en el camino a un anciano de barba blanca, que al enterarse de su aflicción sacó de sus alforjas una imagen pintada en un lienzo y se la entrego al padre, asegurándole era la Virgen de Altagracia. El lienzo representaba a la Virgen contemplando al Niño Jesús, que estaba a sus pies en una cama. San José aparecía un poco más atrás, arrebujado en un manto y con una vela encendida, y desde lo alto del lienzo un lucero enviaba los rayos a la faz del Niño.

El padre corrió gozoso a su casa, encontrando a su familia en el mismo sitio en que hoy se levanta el Santuario de Higuey, y entregó a su hija el ansiado regalo. Esta lo contempló enajenada de gozo al pie mismo de un naranjo que hoy se conserva. Al poco tiempo se edificó el Santuario y el lienzo fué colocado en la parte más visible del Altar mayor. La noticia cundió por toda la isla y se organizaron romerías al Santuario, siendo hasta hoy en día muy frecuentado. (*Enciclopedia Espasa*, tomo IV, págs. 949 y 950.)

«*El Cristo de las Injurias*».—Esta imagen, que se veneraba en una ermita que existió en las cercanías de esta población, sita en la dehesa de Villasbuenas, fué apedreada por unos judíos (se conservan los nombres y apellidos, que omito por razones fáciles de comprender). Una piadosa mujer, oculta entre unas breñas, presenció el sacri-

legio, recogiendo una de las piedras, que con loable esmero y dentro de una bolsita de seda amarilla, ha ido transmitiéndose, de generación en generación, entre los primogénitos femeninos.

La que la posee actualmente es la «tía Marijuana», a cuya casa y en época de Semana Santa, acuden las gentes a rezar y besar la sagrada reliquia. Tiene virtud especial en ciertas enfermedades, y los familiares acuden con frecuencia a por la reliquia, que colocan a la cabecera de los enfermos. Es una piedra de cuarzo, jaspeada, esférica, de unos 10 centímetros de diámetro, con manchas irregulares, siendo las rojas de las mismas forma y dimensiones que las contusiones que presenta la sagrada imagen que se venera en la iglesia de San Pedro. Dice la «tía Marijuana» que las piedras que arrojaban contra el Cristo se volvían esféricas al «rebotar». En la sacristía de la iglesia de San Pedro se encuentra un cuadro que representa el hecho que narra la tradición.

El Cristo fué trasladado en un vehículo (carreta) conducido por una pareja de bueyes, a los que dejaron libremente para que siguieran su camino, y al llegar a Garrovillas se detuvieron, sin haber medio humano de hacerlos avanzar.

Parangonando esta leyenda con la polaca de la Virgen de Czestochowa, vemos que en las dos figura la carreta de bueyes transportadora, animales que paran rápidamente al llegar a un sitio determinado, sin medio humano de hacerles avanzar. Una voluntad sobrehumana hace comprender a los hombres el lugar donde quiere sean veneradas sus imágenes. Estos animales son los instrumentos de que se vale la Divinidad para comunicar al hombre sus deseos.

Varía solamente el lugar (Czestochowa, Garrovillas). En los dos existen igualmente sacrilegios, producidos, en uno, por los secuaces de Juan Huss, y en el otro, por los semitas extremeños. En el primero, el instrumento es una espada, y en el segundo, una piedra. En ambos quedan perennes las heridas. Conocemos el castigo de los sacrílegos polacos, pero ignoramos cómo finaron los que apedrearon a nuestro Cristo, aunque hay quien asegura que murieron en el acto. Los dos tuvieron lugar a fines del medioevo, sin que podamos precisar a quién corresponde la prioridad, por desconocer la fecha del nuestro, caso de ser único con aplicación múltiple de la tradición popular. Exvotos, peregrinaciones, etc., comunes a los dos, como ofrenda y veneración de pueblos creyentes a sus sagradas imágenes. Hay, pues, cierta comunidad de tradición, con variantes externas locales, reveladoras de nuestra fe en una religión persistente, por ser verdadera, a través

de los siglos. Ligeras variantes de origen y fin las separan, pero en el fondo idénticas.

«*El Cristo del Humilladero*»—Imagen muy venerada, sita a cincuenta metros al Oeste de la población, entre la calle de San Francisco, o mejor entre las ruinas de la ermita de San Roque y las del convento de San Francisco. La ermita fué construída a fines del siglo xv y el Cristo, que es una magnífica talla, procede del convento de San Francisco. Cuéntase que un oficial de los Tercios de Flandes, apellidado Chaleca, quitó la reja de esta ermita, y acto seguido se levantó una horrible tempestad y el atrevido militar cayó muerto por un rayo al pie de citada reja. La tradición conserva la copla:

Chaleca, Chaleca teme
A la ira del Señor;
Tu padre quitó la reja,
Cayó un rayo y lo mató.

Existe la creencia de que la ira del Señor se manifiesta cada vez que mueven la imagen de su lugar, levantándose fuertes tempestades. Por esta razón se desistió de sacarla en procesión en Semana Santa, y se le tiene gran fe para llevar la lluvia a los campos.

Los trigos se van secando
Y los ganados perecen;
Nosotros pereceremos,
Si el Señor no nos favorece.
Caridad, caridad, Dios Eterno;
Caridad te pedimos con fe;
Enviadnos el agua mostrando
Vuestra inmensa bondad y poder, etc., etc.

«*El Cristo de la Expiación*», que se venera en la capillita de la ermita de Altagracia, tiene también su leyenda. Allá por el medioevo, cuando los campos de Villoluengo, que son calvos, estaban poblados de encinas y alcornoques, un leñador, al cortar leña de una encina, oyó un gemido y, levantando la vista, vió la imagen de un Cristo enclavada en una rama del árbol. Desprendida de la encina y en la misma rama en que estaba enclavada, se colocó años después en la capillita de la ermita de Nuestra Señora de Altagracia, en donde se conserva esta magnífica talla, de la que se desconoce el nombre del artista, y sólo sabemos, por documentos antiguos de 1775 existentes en este Ayuntamiento, que es «de muy especial mano». El tallo de la Cruz de

referida imagen permanece *verde*, a pesar de los siglos (cualquiera convence a mis paisanos de lo contrario).

La causa de que todas las leyendas tengan una forma parecida en su aparición, es la siguiente: El pueblo español, de honda raigambre religiosa, vióse invadido por los enemigos de Cristo, y para evitar la profanación de las sagradas imágenes escondiéronlas, erigiendo un altar en sus corazones. De generación en generación fueron transmitiéndose de padres a hijos sus creencias y el sitio donde guardaban sus imágenes, y así llegó la conquista total de nuestra querida patria, con la expulsión de los moros de la Península en tiempos de los Reyes Católicos, y entonces comenzaron las apariciones y surgieron las imágenes de los campos, cuevas, paredes, es decir, de los sitios en que fueron escondidas, y estas apariciones, milagrosas unas, naturales otras, dieron origen a las leyendas que llegaron a nosotros.

Leyenda del Convento de San Francisco.—Dice la tradición que don Enríquez, Conde de Alba de Liste y señor de Garrovillas, tomó parte en la guerra de sucesión, y entusiasmado con la toma de Zamora, persiguió a los rebeldes, internándose en Portugal, donde fué hecho prisionero por el lusitano y encerrado en un castillo, condenándosele a muerte. En la prisión prometió a su venerado San Francisco erigir un convento en su Señorío de Garrovillas, si lograba evadirse. Consiguiólo, al fin, y tras muchas penalidades, contratiempos y dramáticas aventuras, llegó sano y salvo a su palacio.

Cumplió su promesa, erigiendo un convento magnífico en las cercanías de la población y colocando en la fachada una piedra de sillería, su escudo de armas y en el centro una figura humana, con corona ducal y soga al cuello, representando el hecho que describe la tradición.

Esta leyenda tiene un fundamento histórico, que se detallará en el capítulo correspondiente de historiografía.

Leyenda del Padre Amado.—Hubo en el pasado siglo en el convento de San Francisco un hermano de la Orden llamado Fray Amado, del que se cuenta la siguiente leyenda: En una de sus estancias (unos dicen que en Madrid y otros que en Salamanca) fué avisado a media noche para administrar los últimos Sacramentos a una joven de quince años. Fué trasladado en coche y con los ojos vendados a la casa donde vivía la supuesta enferma. Fué conducido a la habitación donde se encontraba la infeliz joven, quedándose uno a la puerta en tanto el fraile realizaba su caritativa misión. Enterado el buen fraile de que trataban de asesinarla para apoderarse de su herencia, la obligó a

que se despojara de parte de sus ropas, para que ocupara menor volumen, y ocultándola en su traje talar (era corpulento y de elevada estatura) y sujetándola con el cordón de la Orden sobre sus espaldas, salió de la habitación, diciendo que «la enferma quedaba muy fatigada y convenía dejarla tranquila un tiempo». Montó en el coche que a la puerta le esperaba y sobornó al cochero para que se alejase lo más velozmente posible. Al entrar en su convento con su preciosa carga, un puñal silbando el aire atravesó el espacio, quedando clavado en la puerta. Avisado el Prior, pusieron a buen recaudo a la joven, que fué protegida por las autoridades. Fué muy perseguido por este hecho el P. Amado, teniendo que esconderse tras una imagen de la Virgen en una ocasión para librarse de la muerte. Murió en el convento de Garrovillas de una hemorragia cerebral.

Leyenda del Puente Mantible y del Castillo de Alconetar.—«El monumento en torno del cual la imaginación popular ha acumulado más ficciones y ha llegado hasta nosotros envuelto en aureola más fantástica, es sin disputa el famoso Puente Mantible sobre el Tajo y la torre emplazada en la extremidad izquierda del mismo, cuyas ruinas se esparcen junto al despoblado de Alconetar, denunciando su arquitectura un origen marcadamente romano y revelando notable importancia en aquella época, como emplazado en una de las arterias viales más transitadas de la España Ulterior.» (P. H. *R. E.*)

El origen de esta leyenda fué una crónica de Turpin, Arzobispo de Reins en el siglo XVII, y la comedia de Calderón de la Barca intitulada *Puente Mantible*, y así como en la citada obra figuran un río caudaloso, un puente y un castillo, y estas tres cosas se encuentran reunidas en el sitio que ocupó el pueblo de Alconetar, el vulgo creyó fueron estos parajes teatro de las hazañas de Roldán, Ontiveros y demás caballeros de la Orden guerrera de los Doce Pares de Francia.

Creen los naturales del país que el encuentro de Fierabrás y Carlomagno tuvo lugar en la margen derecha del Tajo, y al sitio «Hoyo de Plaza», denominándose «Vado del Ciervo» el lugar por donde Ontiveros atravesó el río en su ligero corcel.

Era señor del castillo Fierabrás, Rey de Alejandría, que disputaba a Carlomagno el imperio del mundo. Fierabrás estaba locamente enamorado de su hermana la sin par Floripes, Princesa que no correspondía a los fraternales galanteos por haber entregado su corazón a Guido de Borgoña, famoso paladín del Ejército cristiano.

Tras una sangrienta y descomunal batalla, cayeron Guido y otros caballeros prisioneros del muslín, el que, percatándose de los amores

de su hermana y el cristiano, encerró a sus prisioneros en las mazmorras del castillo, bajo la custodia del feroz alcaide Brutamonte, que era fiel al agareno. Pero Floripes no se resigna a vivir sin la presencia de su amado, y seguida de tres camaristas se ausenta de los reales de su hermano, logrando indagar el lugar donde se encuentra su Guido, y una obscura noche llegan al pie del castillo. Llaman, y al quién vive del centinela respóndele que son mujeres. Baja en persona Brutamonte, tiende el rastrillo, abre la poterna y pásmase de asombro al ver de aquella guisa (rota y desgarrada) a la hermana de su señor. Floripes, veloz como el rayo, se lanza sobre el Alcaide, clavándole un puñal en el corazón. Muerto el morazo, apodérase de las llaves, abre cerrojos y candados, poniendo en libertad a Guido y sus compañeros Oliveros, el Infante Guarinos, Ricarte de Normandía y otros esforzados paladines.

Al darse cuenta Fierabrás de la ausencia de la agarena beldad, presume lo ocurrido y lárgase a marchas forzadas al Tajo, encontrándose muerto a su fiel servidor; reconoce el puñal de su hermana y dáse cuenta de que ésta y los caballeros están dentro de la fortaleza; juró hacer ejemplar castigo, para lo cual puso sitio a la fortaleza para rendirlos por hambre, pues de otra manera era quimera irrealizable; ¡tan bien enclavado estaba! ¡Como que lo construyó un mago por orden de Fierabrás! (P. H. *Castillos y Casas Fuertes de la provincia de Cáceres.)*

En efecto, como había previsto el Monarca musulmán, el hambre principia a sentirse en los moradores del castillo, y acordaron éstos notificar a Carlomagno el duro trance en que se hallaban. Echan suerte y tocó a Guido llevar la noticia, quedando apesadumbrada Floripes al saber la nueva, pues temía no podía pasar Guido los reales de su hermano. Días de impaciencia, hasta que al amanecer de un claro día, y desde las almenas del castillo, ven en lontananza una nube de polvo, que hizo levantar el ánimo de los que, desesperanzados, esperaban el auxilio; pero al medio día, al oir el redoble de atambores, toques de corneta, ruído de armas, y al ver el Ejército cristiano precipitarse sobre el sarraceno, su esperanza se trocó en la, aunque sí soñada, dudosa realidad.

Las aguas del Tajo se enrojecieron y la victoria se declaró por las huestes de Carlomagno, que hicieron gran botín y gran cantidad de prisioneros, y como remate, Floripes y Guido se enlazaron y fueron felices. Fierabrás, cautivo, murió desesperado, consumido por los celos; pero antes de verse vencido, arrojó al Tajo sus barriles donde

guardaba el mágico ungüento, al que no había herida ni porrozo que se resistiese. Todos los años por el día de San Juan, cuando el sol dora las almenas de la «Torre de Floripes», flotan por un instante sobre las aguas los famosos barriles, que durante todo el año reposan en el fondo del río «Hondón de Rochafría». (S. H. *Memorias inéditas,* y P. H., *R. E.)*

«Un pastor contóme las aventuras; difería de lo anterior solamente en la batalla final. Los Pares de Francia, a cuyo frente venía Roldán, disfrazáronse de mercaderes para pasar el puente que el mismo Fierabrás custodiaba. Al darse cuenta Fierabrás de que había sido engagado, salió en su persecución, y alcanzando todavía a Roldán en el puente, descargó su espadón, que rompió uno de los ojos del puente, quedando Roldán separado de sus compañeros y frente a frente con el musulmán. Entáblase entre los dos la más descomunal batalla que vieran los siglos (diez días con diez noches duró la pelea); en uno de los lances la Durandal del francés desarmó a Fierabrás. Este quedó consternado, pero Roldán arrojó su espada a la otra orilla del río, y continuó el combate a peñascazo limpio con piedras que iban arrancando del puente. La pendencia no llevaba trazas de concluir, porque la parte vulnerable de Roldán era la planta de los pies y la de Fierabrás el ombligo, y que por su elevada estatura no había hombre que pudiera alcanzar, y a más que el moro tenía el famoso bálsamo que usaba en las treguas y de donde salía como nuevo. Ya quedaban pocas piedras del puente, cuando Fierabrás se lanzó sobre Roldán, tratando de estrujarlo entre sus nervudos brazos, pero antes de que tal consiguiera, el intrépido Par sacó su puñal del cinto y lo introdujo en el ombligo de su rival, que lanzó un fuerte alarido de dolor, cayendo muerto al río con sus famosos barriles.

En el tal castillo hay, según el decir popular, un grandioso tesoro de perlas, diamantes, rubíes, aljófares, oro y plata, brazaletes y gargantillas, anillos y pulseras, zarcillos y collares; pero lo más valioso de aquel tesoro es un *becerro de oro macizo* de tamaño natural, con dos diamantes por ojo.» (F. B. *Apuntes.*)

Tal la leyenda, aunque existen multitud de variantes por tergiversación de los episodios del romancero *(Historia verídica de Carlomagno y los Doce Pares de Francia)*, que los garrovillanos leen con avidez e interpretan caprichosamente.

Nada más lejos de la verdad tal leyenda, pero cualquiera se lo quita de la mollera a los paisanos. Carlomagno jamás puso sus plantas por estas tierras, pues sabido es que el Monarca francés, en auxi-

lio del wali de Zaragoza Ibn-Alarabi (*Historia de España*, M. E., que negó la obediencia a Abderramán, emir independiente de Córdoba, el Emperador de Occidente llegó sólo hasta las puertas de Zaragoza, y encontrando resistencia hubo de retirarse, siendo su Ejército atacado y destrozado en Roncesvalles, catástrofe que engendró los más bellos acentos de la musa épica francesa (la *Canción de Rolando*. *Curso de Historia de España*, Rafael Ballester, páginas 87 y 88).

El tío Gabriel Xilguero.—Era buena persona, pero más zote que un guardacantón y de lo más bruto que se conoce. Pues bien, mi hombre entró una noche en la cuadra a dar de comer a las caballerías, y como conocía bien los pasos, no necesitaba luz alguna; pero he aquí que, al salir, uno de los mulos arrea una coz, y exclama a grito pelado tío Xilguero:—¡Velina, tra'l farol, q'ha jarreau el mulu una coci y no sé si m'ha dau a mí u a la paré!

El «tío Chinelo».—Iba a la zaga del anterior en punto a brutalidad. Un día fué a la «jesa» a cortar una encina para traer leña, y se le ocurre atar el burro precisamente a la encina que iba a cortar. Después de hachazo va y hachazo viene, la encina cayó y el burro quedó debajo. Pero lo grande del caso es que, al narrarlo, decía:—Y esu que menuh mal, lo tenía aparejau con la albarda.—¿Poh que le pasó al burru?—contestó otro.—¡Ah! ¡poh que se murió!—dijo el Chinelo.

¡¡Con que si no llega a tener albarda!!

El Parro.—Era un misántropo, rehuía el trato social, y su lenguaje y ademanes bruscos, su semblante taciturno y luenga barba le daban tal aspecto, que los niños huían sólo con oir pronunciar su nombre.

Atribuíanle cosas horribles, robos, crímenes, violaciones, alimentarse de seres humanos, etc., etc., aunque en realidad era un ser completamente inofensivo.

Tenía su morada en el campo, en una cueva natural cerca del arroyo denominado «Morisca», que dista dos kilómetros de esta población, y en donde se creía guardaba un inmenso tesoro en monedas de oro.

«El Chico Cabrera».—Dicen los viejos del lugar que en el pasado siglo existió en este término (dicen era natural de esta villa) un célebre bandido, conocido por mencionado nombre, y al que los habitantantes del país le atribuyen hechos maravillosos y hazañas idénticas a las que el romancero relata de los bandidos de Sierra Morena.

Caritativo con los pobres, se ensañaba con los poderosos, y cuéntase de él que, habiéndose encontrado con un pastor que le delató a

la Guardia civil, lo llevó a una fuente, haciéndole beber a la fuerza una gran cantidad de agua, colgándole después de los pies para que expulsase el líquido ingerido. Murió, según cuentan, en una refriega que tuvo con la Benemérita.

Las Huellas del Pie de Jesucristo.—A unos cincuenta metros de la famosa «Peña de la Rebalaera», y en medio del camino que va a las huertas de Marejil, existe una roca silícea, de poca elevación, con una incrustación de cuarzo de forma ovalada semejando una huella de pie, con su estrangulación separatoria de planta y talón, de unos cuarenta centímetros de larga por quince de ancha. Es frecuente ver a niños y viejecitas detenerse y, de rodillas postrados, besarla con unción, por la creencia generalizada de que en este lugar fué donde por última vez apoyó sus divinos pies Jesucristo para ascender a los cielos.

El diablo curioso.—Es tradición popular que cuando se estaba construyendo la iglesia de San Pedro de esta villa, el diablo quiso fisgar lo que pasaba dentro y asomóse a la ventana gótica sita en la parte superior del ábside. Dios quiso castigar la satánica curiosidad, y ¡zás! cerráronse rápidamente las paredes, aprisionando al demonio, que quedó con las regiones glúteas y las extremidades podálicas y su rabito fuera del templo, en tanto que la cabeza, con sus cuernecitos de carnero y cara de espanto, asoma al interior por encima del retablo del presbiterio. En citado ventanal hay una figura que representa el hecho que cuenta la tradición.

Los carbones de San Lorenzo.—Es creencia generalizada que si el día de San Lorenzo se levantan los guijarros de las calles, se encuentran carbones encendidos pertenecientes a la hoguera en que se martirizó al Santo.

San Juan y los barriles de Fierabrás.—Todos los años, a la hora del medio día y en el día de San Juan, aparecen por un momento, flotantes en las cristalinas aguas del Tajo, los famosos barriles de Fierabrás, pero que se hunden inmediatamente para que nadie pueda apoderarse de ellos y descubrir el secreto del famoso bálsamo en ellos contenido.

El tesoro del castillo de Floripes.—Se cree que en el famoso castillo tantas veces mencionado existe un tesoro de oro y piedras preciosas, escondido por los musulmanes al dejar estas tierras, y lo más valioso de él es un becerro de oro de tamaño natural, con dos grandes diamantes por ojos. Quien visite esta fortaleza, puede comprobar muchas excavaciones practicadas por los buscadores de tesoros.

El ogro del Puente Mantible.—Era un negro monstruoso y gigan-

tesco que, armado de colosal maza, guardaba el Puente Mantible y al que los pasajeros habían de pagar como tributo una doncella y un bello esclavo.

Si alguno se negaba a satisfacerlo, lo mataba de un mazazo y lo arrojaba al río para que su cadáver sirviese de pasto a los peces. Cuando las aguas del caudaloso Tajo arrojan sobre la orilla el cadáver de algún ahogado, o restos humanos traídos y llevados por la corriente, dicen los garrovillanos que son las víctimas de Galafre, nombre con el que designa la leyenda a este personaje fabuloso.

Tal la leyenda; el nombre revela desde luego personajes de la *Canción de Roldán* y otras leyendas caballerescas del medioevo; el hecho, tal vez el moro, sea una de las manifestaciones del odio que los pasajeros tenían a los garradores o cobradores de tributos.

La Peña de la «Jilandera».—Al finalizar el camino que desde el Cristo del Humilladero conduce a la Peña de la Vista, y por detrás de las huertas de los frailes, existe una piedra de forma cúbica, de un metro aproximado en sus dimensiones, que dicen contiene en su interior una Princesita encantada, que hilará eternamente en su rueca de marfil, hasta la llegada del Príncipe que la libre de su encantamiento.

Aplicando el oído a la cara superior de la piedra, es creencia de que se oye el ruído de la rueca; de aquí el nombre con que se la designa; pero si quieres, lector querido, experimentar alguna vez, ve solo, porque si algún garrovillano te acompaña, te golpeará la cabeza contra la roca y verás las estrellas en castigo a tu curiosidad.

La Peña del «Bolsicu».—A un kilómetro aproximadamente del casco de esta población y en la margen derecha del camino de Rehana, existe una roca granítica que se yergue verticalmente del suelo, de cuatro a cinco metros de altura, que imita con fidelidad la forma de un bolsillo. Es tradición que un judío escondió en la roca un bolsillo con monedas de oro, y para alcanzar el tesoro hay que subir «agateandu», porque si subes por otro medio, se hunde inmediatamente en las entrañas de la roca.

La Peña del Soldado.—A cinco kilómetros del camino de Altagracia existe una mole granítica partida en dos, con esta denominación. Refiere la tradición que en las guerras de Flandes, uno de los descendientes de los duques de Uceda, señores de Garrovillas, abandonó su casa solariega para alistarse a los famosos Tercios, llevándose consigo en su zurrón el caudal que pudo coger de su casa. Al llegar a esta roca, paróse a descansar, y pensó que si le mataban en la guerra

caería su tesoro en poder de sus enemigos, y como lo pensó lo hizo: excavó bajo la roca, escondiendo sus peluconas. Al regresar fué en busca de su oro, y no acordándose del sitio en que las ocultó, con su mandoble, que tantas vidas flamencas segó, hendió la peña, hallando intacto su tesoro.

La ehtelquera del tíu Malmullu.—«In illo témpore» existió en esta villa un famoso sombrerero apodado «El tíu Malmullu». Este tipo tenía en las afueras del pueblo una estercolera, que vendió a varios garrovillanos a la vez, citándoles para que fuesen por el estiércol el mismo día y a la misma hora. En efecto, llegaron todos provistos de sus caballerías y artefactos para transportar su abono, y comenzó la discusión, pasando de las palabras a los hechos, transformando el lugar del suceso en campo de Agramante, y en vista del mal cariz del asunto, acordaron llamar al tíu Malmullu para que resolviera el lío; compareció éste socarronamente y, encarándose con ellos, les dijo: —Tú preguntahtih la ehtelquera al tíu Ambrosiu, poh buenu, el tíu Ambrosiu te vendiú la su ehtelquera, y tuya eh.—Al segundo le dijo: —Tú preguntahtih la ehtelquera al tíu Ambrosiu el de loh sombreruh, poh la ehtelquera tuya eh—; y al tercero le dijo:—Tú me preguntahtih al tíu Malmullu si quería bendel la ehtelquera, poh el tíu Malmullu te la bendió a ti. Pero como yo no soy Malmullu, ni tíu de nenguno, ni el de luh sombreruh, polque me llamu Ambrosiu Díaz, la ehtelquera eh mía; illi a peil el dineru que le habéih dau a esuh tíuh y a esuh Malmulluh, polque yo no soy nenguno de esuh.

Desde entonces, la Estercolera del tío Malmullo es un tropo con que se designa a todos los enredos en esta localidad.

El tíu Mañah.—Cuentan nuestros mayores que en tiempos remotos existió en este pueblo un hombre muy listo, al que denominaron «el tíu Mañah». Era uno de los pocos peritos agrícolas que conocía a la perfección la calidad variadísima de nuestro término municipal. Ya viejecito y casi ciego por sus cataratas, continuaba siendo el perito tasador de todo lo que se compraba y se vendía en esta villa. Se hacía conducir por su hijo, montado en su borriquita, al terreno objeto de tasación, y le decía:—Ata el burru a una juncia (planta que vive en terrenos llanos o en manantiales).—No hay junciah, pairi.—Poh átala a un tirapeu.—Tampocu hay.—Poh ¿qué hay entoncih?—Hay tomilluh y jarah.—Buenu, mii loh pasuh que tien de abaju arriba y de alantri atráh—. Con estos datos recogidos decía al comprador:—El terrenu jah tantah janegah (por los pasos), y eh malu, polque no ha máh que tomilluh, y éhtuh se crían aondi no se puey sembral naíta; de mo y

manera que ya lo sabih; ahora tú jah lo que quierah—. Suplía con su experiencia la falta de la vista.

La Sirena.—Es un mito tartésico que llegó a estas lejanas tierras y que el pueblo localizó, no en el mar, sino en las aguas del caudaloso Tajo.

Variedad del mito nórdico-vasco de la Reina del Mar, o del tartésico la sirena condenada, y que las jóvenes cantan su leyenda las noches otoñales en corrillos callejeros, al sonido monótono de la zambomba. Joven condenada por su madre a permanecer en el agua, transformada en pez, y saliendo en las claras noches de luna a la superficie, con su bella cabeza y su cuerpo de escamas y cola de pez, atrayendo a los pescadores, que, engañados, se precipitan atraídos por su hermosura, pereciendo ahogados.

La sirena de la arena
Es una linda muchacha,
Que por una maldición
La tiene Dios en el agua.
La sirena de la arena,
La sirenita del mar,
La sirena de la arena
Que por el arenal va.
La sirena cuando canta
Encanta a los marineros,
Y tú me encantas a mí,
Morenita, con tu pelo, etc.

Notas.—De los milagros de San Pedro de Alcántara hay un cuadro de Claudio Coello con esta denominación: «Milagro de San Pedro de Alcántara».—Munich.—*Pinacoteca Antigua. Historia de la Pintura Española*, pág. 448, por Augusto L. Mayer.

Representa a dos frailes franciscanos atravesando a pie un río. Ramaje y arboleda en ambas orillas de la corriente, con oleaje pequeño. En una de las orillas unas casas (paradores). El lego asido al monje.

Respecto al Padre Amado, cuyas aventuras creen mis paisanos pertenecerles como cosa propia, hay que hacer constar que no fué garrovillano, aunque pasó gran parte de su vida religiosa en nuestro convento y aquí murió, sino que fué broceño. Nació en Brozas (21 Julio 1796), hijo de un capitán de granaderos que se cubrió de gloria en la guerra de la Independencia. En Plasencia fué donde le sorprendió la sacrílega matanza decretada por la masonería en Julio de 1834, ocultándose detrás de la imagen de Nuestra Señora del Rosario, pa-

sando desapercibido. (*Hijos Ilustres de la villa de Brozas*, por Eugenio Escobar Prieto, 1901.)

SUPERSTICIONES

Apenas si difieren de los demás pueblos comarcanos, como demostrativo de un psiquismo racial común y de idéntica cultura. Muchas de ellas han sido expuestas por aficionados a las cosas regionales en esta misma REVISTA y en la *Revista de Extremadura*, etc. No trato de hacer creer que son oriundas de este pueblo, aunque bastantes lo sean, pues, con ligeras variantes, se conocen en toda la región de la Alta Extremadura, basándolas, sí, en las características psíquicas raciales, la deficiente cultura por la incomunicación de toda esta región y la sencillez y credulidad, herencia de nuestros prehistóricos progenitores vettones.

Desechadas por los intelectuales, aún subsisten en las gentes de deficiente nivel intelectual, que creen en ellas como si fuesen dogmas.

Limítome, pues, a exponerlas tal cual se conocen y practican en esta localidad:

Cuando enrojece la oreja derecha es señal inequívoca de buenas ausencias. Si es el apéndice izquierdo, indica que le difaman. En este caso, el interesado muerde la punta de un pañuelo, el maldiciente se muerde la lengua.

Cada manchita blanca en las uñas es una mentira.

Si se arroja al agua un cabello, se transforma en culebra.

Si el arranque del cabello de la frente es en forma de punta, indica viudez.

Doblando o estirando los dedos suenan *traquíus*. Cada *traquíu* es un novio o novia, según el sexo del consultante.

Si se arranca una cana, nacen siete.

Si cuando se admira el cielo ves correr una estrella y pides una cosa antes que el astro termine su carrera, es seguro que se logra.

El dar vueltas a una silla sobre una pata, romper un espejo, verter la aceitera, el tintero o la salmuera, desgracia segura. Alguien de la familia se muere.

Síntoma de desgracia también es el sentarse trece a comer a la mesa o encender tres individuos el cigarro con la misma cerilla.

Cuando alguien se «desloma» y quiere curar, se llama a un mellizo para que baile con los pies desnudos encima de las espaldas del paciente.

Soñando tres noches seguidas con la misma cosa, el sueño se realiza o la cosa es verdadera.

Contando durante nueve noches seguidas nueve estrellas (siempre las mismas), sueña uno lo que más quiere, y esto se realiza.

Cada uno de los trozos que se rompe la cáscara de una naranja, cuando se la está mondando, indica un hijo que se ha de tener.

Para que desaparezcan los calambres del pie hacen una cruz con el dedo índice de la mano derecha sobre el dorso del pie afecto, diciendo por tres veces: «Calambri *baiti* del pie, que ehtá la crú en el pie.»

Los dolores de una herida traumática desaparecen colocando sobre la lesión una rana abierta por el vientre.

El bostezo indica salida de los espíritus malos por el orificio bucal, por lo que es costumbre hacer la señal de la cruz sobre los labios.

Los relámpagos que cruzan el cielo hacial a derecha, presagian buena suerte, y viceversa si van en sentido contrario.

Los martes y viernes son mirados con horror por los sencillos habitantes de este pueblo. De esta superstición ha nacido, tal vez, el consabido adagio vulgar: «En *biernih* y en *martih*, ni te *casih* ni te *embalquih*.»

Cuando los chicos ven un perro defecar, engarzan los índices derecho e izquierdo y tiran fuertemente, en la creencia de que el animal no puede defecar y revienta.

Los papilomas (berrugas) desaparecen cuando encuentran el esqueleto de una lagartija, que previamente encerraron en una caja y que el paciente llevará consigo en el bolsillo unos cuantos meses, y también cogiendo de un olivo tantas hojas como berrugas tenga, enterrándolas en un lugar por el que no han de pasar durante tres meses, al cabo de los cuales se desentierran, desapareciendo los tumorcitos si las hojas desaparecieron o están secas.

Para curar la ictericia llevan a los enfermos a ver correr al agua de un arroyo, o le hacen ingerir en un trozo de pan siete piojos vivos, o una infusión de pepinillos del diablo.

Los eritrasmas y otras afecciones cutáneas originadas por la falta de limpieza, son atribuídas a la luna, y para preservar de ellas a las criaturitas prenden de los vestidos lunitas de metal o hueso.

Los envenenamientos producidos por las picaduras de insectos, tarántula o alacrán, tienen un tratamiento peregrino. Un músico toca en la guitarra un baile de ejecución rápida, que el enfermo tiene que acompañar. La sudoración producida por el ejercicio elimina el veneno.

Hay quien, para curarse de una bronquitis crónica, lleva sobre su pecho durante un mes una piel de gato negro, y sé de un caso que, para curar un cáncer de estómago, le ordenó el curandero (y así lo hizo el paciente) que se acostase durante tres meses con un cuervo.

Nuestros antepasados tuvieron gran fe en el cocimiento de las hojas de pira pata el tratamiento de la rabia.

Los hechizos.—Son patrimonio de los enamorados no correspondidos en su pasión. La tristeza que les domina indica haber recibido el hechizo suministrado por su rival en una manzana, naranja, pera, o alguna otra sustancia alimenticia. Las embargadoras o hechiceras son las que se encargan de arrojarlo del organismo del poseído mediante oraciones cabalísticas, recibiendo en compensación algunas monedas y un puchero de aceite. *(R. E.* Años 1901 y 1902, P. H.)

La jettatura.—Se llama también «mal de ojo» y es patrimonio de las histéricas.

Los saludadores y la hidrofobia.—Para la curación de la hidrofobia y para adivinar los caracteres de un animal rabioso, existen los sujetos llamados *saludadores*, a los que se le atribuyen cosas inverosímiles, como la de manejar objetos incandescentes sin quemarse, etcétera. Es creencia vulgar que estos individuos, a través de un vaso de agua, ven el sitio y actitud en que se encuentra el animal.

Estos sujetos poseen tal virtud por haber nacido con una cruz impresa en el dorso de la lengua o en la bóveda palatina. No hace muchos años dejó de existir en este pueblo un hombre apodado «el tío Manga», al que se le consultaba sobre estos casos y que fué cogido aparatosamente en la lidia de toros, resultando ileso. Decían que tenía una cruz en la lengua (yo nunca se la vi). (P. H., *R. E.* Años 1901-1902.)

Los iluminados.—Surgen en la localidad de vez en cuando los iluminados, que dicen gozar de la presencia de Dios y de los Santos. Estas visiones, o son supercherías, con las que explotan la ignorancia, o alucinaciones de cerebros perturbados.

No hace muchos años (seis u ocho lo más) que un tal *Garrancho* hizo extender la voz de que se le había aparecido el *Nazareno*, y un crecido número de creyentes, entre los que no faltaban personas católicas y de mediana posición, acudían diariamente a su casa para que intercediera por ellos, sus deudos y amigos cerca del Redentor, y hasta llegaron a ofrecerle una cantidad por un lápiz que él decía le regaló el Nazareno. Tal llegó a ser su fama, que hasta los sacerdotes de la localidad tuvieron que intervenir.

Los curanderos.—Hay en esta población una gran fe en la ciencia médica infusa de unos individuos que pertenecen a la familia de los «Cupidos», que desde mucho tiempo ha se dedican a curar las enfermedades internas. Esta ciencia o *gracia* (como vulgarmente la llaman) es hereditaria en la familia, con la particularidad de que sus procedimientos son ineficaces para sus deudos.

Después de visitar al enfermo, que lo hace con todo misterio, llama a la familia y le dice: «Ya llego tarde. El caso es muy grave; pero, en fin, haremos lo que podamos por el enfermo. Que tome este cocimiento y le den estas friegas, y si después de esto no mejora o cura, no tenemos a nadie.» Claro es que si cura, la gloria es para él, y si muere también, pues ya lo previno de antemano.

Procedimientos de curación: Embrocaciones en el abdomen con aceite de beleño, ruda y alcanfor; irrigaciones con cocimientos de ceborrinchas y raíces de juncos; enemas de cocimientos de raíz de genciana. Cocimientos al interior de quina, limón, cáscaras de naranjas para las infecciones intestinales; de flor de naranjo, limonero, malvavisco, violetas, higos, aguardiente, etc., para las enfermedades del pecho; curitas machacados (insectos), ovas de aguas estancadas (plantas acuáticas), como revulsivos; cocimientos de cáscara de encinas para las diarreas.

Hay curanderos especialistas; unos son oculistas y preparan colirios para las conjuntivitis; otros, para las infecciones locales, panadizos y abcesos circunscritos, para lo que emplean hojas de higueras chumbas (cactus), de berza y de una planta de hojas carnosas que llaman curadedos; otros se dedican a las fracturas y luxaciones; pero los más notables son los especialistas de fiebres palúdicas, que las curan sin medicina alguna, mediante oraciones y palabras cabalísticas, procediendo de la siguiente manera: Colócase frente al enfermo (que no debe pronunciar palabra alguna) provisto de dos sogas, una al cuello y otra a la cintura, con siete nudos cada una. Hace que el enfermo lo mire fijamente, en tanto reza una oración por cada nudo, oración que no trasciende jamás al dominio público, pues en tal caso pierde virtud. Terminado el rezo, echa la bendición al paciente, y las calenturas desaparecen por encanto.

Otro medio de curarse las tercianas es el siguiente: el enfermo se levanta temprano y sale al campo, dibuja con una vara de olivas una cruz en el suelo y dice:

Calenturas traigo,
Calenturas tengo,

Quién me las compra,
Yo no las quiero.

Arroja la vara lejos de sí y marcha a casa sin hablar con nadie. Las calenturas se transmiten al primero que coge la vara. (P. H. *R. E.*, 1901 y 1902.)

Otros se dirigen a un pozo con los ojos vendados y arrojan un puñado de sal al agua, rezando la siguiente oración:

San Crispinín,
San Crispinón,
Tercianas tengo,
Tercianas son;
Aquí te las dejo,
Quédate con Dios.

Terminada la oración, vuelven a casa sin hablar con nadie ni pasar por donde fué. *(R. E.* Años 1901 y 1902, P. H.)

Otra fórmula consiste en levantarse temprano y, sin hablar con nadie, salen al campo y, descubriéndose ante un zarzal, le saludan diciéndole:

Dios te guarde, zarza mora;
Ven con Dios en esta hora;
Llego a tí por un vestido
De tus blanquis verdis hojas,
Pues que nadie como tú
Puede darme la salud.

Cogen con la mano izquierda tantas hojas como fiebres haya tenido y rezan un credo por cada una. *(R. E.* Años 1901 y 1902.)

Curanderos hay que para curar toda clase de fiebres, especialmente las palúdicas, emplean cocimientos de retama al interior y brazaletes de pipas de almendras amargas machacadas.

Hubo un tiempo, que algunos viejos recuerdan con pena, que estuvo muy en boga, como antitérmico, los «polvos de tía María Andrea», oriundos, según unos, de Sevilla (supongo serían polvos de quina), y, según otros, confeccionados aquí.

Curanderos hay que recomiendan, para curar el paludismo, tragar una rana o lagartija viva. He oído referir que un tal Vicente Martín, que padecía un paludismo rebelde, empleó este procedimiento, sufriendo horriblemente, no quedándole ganas de volver a repetir el experimento.

Para el tratamiento de la erisipela emplean las embrocaciones con aceite de higos chumbos.

Contra las algias abdominales usan los cocimientos de manzanilla y anís, los de orégano y adormideras y hasta los de excrementos de caballo.

Las anémicas beben sangre en caliente de animales recién sacrificados. Es frecuente ver en el Matadero municipal jóvenes anémicas que van con sus tazas a beber la sangre de los animales sacrificados para el consumo público.

La tristeza que padecen es producida (creencia vulgar) por una mirada vengativa. Hay que averiguar quién miró fijamente a la enferma. Se curan colgando amuletos del cuello de la paciente, etcétera, etc. *(R. E.* Años 1901 y 1902, P. H.)

Buena y mala suerte.—Existe la creencia de que, introduciendo un lagarto de dos rabos en una habitación sobre cuyo pavimento se haya extendido una capa de arena fina, el animal dibuja con la cola el número que ha de ser premiado con el mayor de la lotería.

Relacionado con este mismo juego nacional está también la creencia de la buena suerte, transmitida a un décimo de la lotería que se pasa por la espalda de un jorobado.

Salir de casa con el pie izquierdo, o pisar las junturas de las baldosas del acerado, señal de mala suerte. La buena suerte se obtiene colocando detrás de la puerta una cerradura o pedazos de ella.

Hay personas de buena y mala suerte. De éstas huyen como endemoniados, y de las primeras las colman de atenciones, llegando al servilismo.

En tanto la mariposa blanca es portadora de felicidad, las de color negro llevan tras sí la desgracia.

Aves agoreras.—Los cánticos de las grullas indican próximas desgracias. La lechuza, el cuervo y la corneja son las aves agoreras de la muerte. Cuando por las noches dejan oir sus cánticos fúnebres sobre el tejado de las casas, son señales inequívocas de que alguna persona de la familia es llamada a comparecer ante el tribunal de la Divina Justicia, y si ha fallecido, indica los lamentos del difunto condenado a fuego eterno.

Las cigüeñas y golondrinas son aves veneradas, principalmente las segundas, relacionadas con la tradición de haber quitado estas aves las espinas de la frente del Redentor. *(R. E.* Años 1901 y 1902, P. H.)

Los gazpachinos (murciélagos) son considerados como grandes fumadores.

Las plantas, el juego y el amor.—Con la margarita adivinan los amantes su correspondencia amorosa. Basta preguntar a la planta con las palabras *sí* y *no*, arrancando una a una sus blancas hojas, y la palabra correspondiente a la última hoja da la solución.

Quien encuentra un trébol de cuatro hojas es correspondido en su amor.

Hay la creencia de que las condiciones o cualidades físicas, psíquicas y sobre todo morales, se transmiten al niño con la primera leche que mama, y a este efecto buscan los padres de la criaturita una nodriza honrada y bondadosa para su hijo. A esto se le llama aquí «hacer las entrañas».

Las cigüeñas que anidan en las torres son consideradas como guardianes de las cosas sagradas, avisando con el ruído de sus mandíbulas los sacrilegios cometidos en los templos. El sonido, al batir sus potentes mandíbulas, le denominan los chicos «machar el gazpacho».

Cuando un niño enferma, dicen las madres que es cogido por la luna, y para librarle cuelgan del cuello de la criatura lunitas de hueso o de metal.

Hay la creencia en los «fantasmas y almas en pena», que se le aparecen al ofensor durante la noche para vengarse de los agravios que recibió en vida.

Los duendes que habitan en las ruinas de los edificios antiguos (palacio y castillo de Floripes), oyéndose al filo de la media noche gritos y ruídos de cadenas y las lamentaciones de Fierabrás.

Por último, es creencia generalizada la existencia de las brujas, que en las noches del sábado salen por las chimeneas, montadas en sendas escobas, para asistir a sus aquelarres.

Los genios benignos y malignos, las hadas buenas y malas, protectoras las primeras y vengativas las segundas; las náyades que viven en el fondo de las fuentes, y de los enanitos que viven en las entrañas de la tierra, son otras tantas supersticiones que nos legaron nuestros invasores los Bárbaros y que desde el medioevo han ido transmitiéndose de generación en generación, hasta llegar a nuestros días. (H. V. de M. E., pág. 254.)

Cantear el gato el trasero a la lumbre, señal de agua.

Soñar que se está espigando o que le coge un toro, o soñar con un muerto o entierro, señal de agua.

Muchas más supersticiones podrían citarse, y sobre todo hay una gran colección en la curación de las tercianas, que no he de exponer

por no hacer pesado este articulito, pero son de las que ya han tratado otros en esta misma REVISTA.

IDIOMA

El idioma es el castellano bastante clásico, pero muy corrompido, y el acento se distingue por la pronunciación de la *b*, parecida a la *p*, y el de la *s* muy suave. No es menos característico la supresión de la *b* o *v*, si le precede vocal. Ej.: *arroa* por *arroba* y *ua* por *uva*.

Alargan algunos vocablos, anteponiéndoles la letra *a* o la sílaba *es*. Ej.: *alagarto* por *lagarto* y *esperales* por *perales*.

Las vocales finales *o* y *e* las convierten en *u* e *i*, respectivamente, y así dicen: *malu*, *verdi*, en lugar de *malo* y *verde*.

Epéntesis de la *i* en muchas terminaciones e intersilábicas: *urnia*, *jolgancia*, *quiciá*, por *urna*, *holganza*, *quizás*, y *siejgo* por *sesgo*.

Propensión a la síncope: *alreol*, *andi*, por *alrededor* y *adonde*.

Transmutación del grupo *r l* por *l r*: *chalra*, *palraera*.

Transposición: *naidi* por *nadie*, *daleal* por *ladear*.

Síncope intersilábica: *tovía*, *paji*, *probalid*, por *todavía*, *parece*, *probabilidad*.

La áspera terminación en *z* la suavizan añadiéndole una vocal suave, la *i*; así dicen: *coci*, *iaci*, *peci*, por *coz*, *haz*, *pez*.

Síncope de la *d* terminal seguida de vocal: *lamíu*, *na*, por *lamido* y *nada*.

Conversión de la *h* en *j*. Ej.: *jigu* por *higo;* la *l* y *f* en *j*: *jadena* y *janega*.

Conversión de la *c* en *d*: *jader* por *hacer*, y en algunos vocablos cambian la *b* en *g* con diéresis en la *u* que le sigue: *agüelu* por *abuelo*.

Conversión de la terminación *ce* en algunos tiempos de los verbos en *s*: *dis*, *jas*, por *dice*, *hace*.

La *l* en medio de dicción la cambian en *r*, y viceversa: *pratu*, *brancu*, por *plato*, *blanco*, y *tempranu* por *templano*.

Frecuente empleo de las palabras anticuadas *agüelu*, *agüelinu*, *cañutu*, *ogañu*, *antañu*, etc.

Supresión de la *d* de los participios pasivos de los verbos de la segunda y tercera conjugación: *partíu*, *perdíu*.

La radical del verbo lamer la terminan en *b*; así dicen: *lamber* por *lamer*.

Supresión de la *d* final: *bondá* por *bondad*, y *paré* por *pared*.

La *i* y *z* de la radical del verbo tiznar las cambian en *e* y *r*, respectivamente (infinitivo): *ternar* por *tiznar*. En este mismo verbo (modos indicativo, imperativo y subjuntivo) cambian la *z* de la radical en la sílaba *er: tierno*, *tiernas*, *tierna tú*, por *tizno*, *tiznas*, *tizna tú*, etcétera.

Usan indistintamente la *c* y *f: Celipi*, *Cilomenu*, *Feferinu*, por *Felipe*, *Filomeno*, *Ceferino*.

Hay casos de reforzamiento: *arronjar*, *alantri*.

Síncopa, en *mairi*, *pairi*, *peirera*.

En la formación de los tiempos compuestos intercalan la preposición *de*, entre el auxiliar haber y el participio pasivo del verbo que se conjuga: *han de llegau*, por *han llegado*.

Usan muchos las interjecciones *¡Oh!* *¡Ah!* y *manina*, derivado de *hermanina*.

Conversión de la *h* en *g* con diéresis sobre la *ü* siguiente: *güertu*, *güeli*, por *huerto*, *huele*.

Supresión de la *d* al principio de dicción cuando la palabra anterior termina en vocal: *estaba ehnocau* por *estaba desnucado*.

Distinción de los sonidos *z* o *c* seguidos de *e*, *i: adeiti*, *dumbal*, por *aceite*, *zumbar*, representado por *d* el sonido sonoro de *z* y *c*.

Confusión de los sonidos *b* y *v*, o mejor desaparición del de la *v: bibir*, *breba*, por *vivir*, *breva*, etc.

La consonante final *r* se cambia en *l: comel*, *andal*, por *comer*, *andar*.

La *s* final queda reducida a una aspiración: *otruh* por *otros*.

Transformación de la *s* en *h* aspirada cuando está situada tras vocal y ante consonante: *ehte* por *este*.

La *h* es generalmente aspirada, excepto en *jigu*, *jacha*, *jiguera*, etcétera, que se convierte en *j*.

Tienen frases de significación indeterminada, como *drácala*, *mandángala*.

Otras que expresan terquedad: *jerri que jerri*, *porque zurra polque burra*.

La frase *zurra que eh tardi* tiene un significado de obligar, exigir, estimular, etc.

La palabra *zurrutracu* tiene un significado despectivo aplicada a las personas, y con la frase *muchu fufú y pocu ñiquiñaqui* expresan la vanidad de las personas que se dan importancia sin merecerlo.

La palabra *petajigu* significa *salir huyendo*. Igual significado tiene la frase *ir de juitiva*.

Cuyu pan dehgarrah: quién eres, cómo te llamas, etc.
Jincó el cuencu: murió.
Zurrícamele: paliza.
D'acá p'allá: de acá para allá.
J'endaquí: desde aquí.
Zurral la pampana: pegar.

REFRANES Y SENTENCIAS

En Febreru buhca la sombra el perru.
En Malzu, el perru y el amu.
En Abril, el perru, el amu y el barril.
En Abril, lah aguah mil.
En Abril, toah lah aguah cabin en un barril, y si el barril se quiebra no cabin en toa la tierra.
Si en Abril beih la bena relucil, échati dehpacio y déjala venil.
En Febreru, un ratu malu y otru buenu.
Malzu bentosu y Abril lluviosu, jadin a Mayu floríu y jelmosu.
Lah mañanitah d'Abril sonin durcih en el dolmil. Lah de Mayu, de sueñu me caigu.
El buen tueru, pa Mayu lo quieru.
Remiend'el sayu y te durará un añu.
De cuarenta p'arriba no te mojih la barriga.
Jahta el cuarenta de Mayu no quitih la mang'al sayu.
La otoñá berdaera, pol San Bartolomé la primera.
El agua de San Juan quita binu y no da pan.
Pol Abril, jabah en ehportillah bí.
Pol San Aguhtín, pol c'acetuna apaecin mil.
Si quieh a tu mairi matal, dali pedih pol San Juan.
El quesu d'Abril pa mí; el de Mayu, pa mi helmanu, y el de Juniu, pa ningunu.
En Juniu limpia la joci y la era.
En beranu engolda la jaca el canu.
Tolmenta dinvelná, cuarenta diah mojá.
El tiempu de San Andréh, lo mehmu va mal que bien.
De gabilla a gabilla, jambri amarilla.
En la bendimia bendi lah gallinah y pol Naviá vuélvil'a compral.
Pol San Antón, la gallina pon, peru pon la que pon.
Quien cogi adetunah antih de Eneru, deja el adeiti en el maeru.

Pol San Blah, cigüeñah beráh, y si no lah bierah, mal añu esperah.
Ari quien ari, que Mayu ya pasó.
Le dih el trigu a la cebá, Dioh te dei mala segá.
Pol San Andréh, cain loh cochinuh de treh en treh, y la Pura loh apura.
Dichosu meh, que entra pol touh loh Santuh y sal pol San Andréh.
Con el tiempu y una caña, toítu s'alcanza.
Pol Santa Cecilia y Santa Catalina, la mejol chacina.
Saldina que lleba el gatu, tardi o nunca buelbi al garabatu.
Perronillitah de monjah, janeguita de trigu.
Doci gallinah y un gallu, el piensu d'un caballu.
En Malzu el galbanzal, ni nacíu ni pol sembral.
El balbechu d'Eneru jah al amu caballeru, y el de antih le pon guantih.
Febreru saca la cebá del culeru.
El que balbech'en Abril y bina en Mayu, cogi mucha paja y pocu granu.
El que ara en Juniu, muchu luhtri y pocu trigu.
La sementera quiel sel barrilera.
Le diju la cebá al centenu:—¿Ondi bah, zahquibanu, templana la ehpiga y tardíu el granu?—¿Qué quiel la arrecachaína?—Yo seré arrecachaína, peru llenu a mi amu la cualtillina.
De San Miguel a San Miguel, no quea na pol bendel.
Lah jabah quiel caraba, y la sementera quiel sel templanera.
Si llubi en Santa Bibiana, jende hoy cuenta doh y una semana.
Pol Santa Bibiana, cuarenta díah y una semana.
Antih le farta la mairi al hiju, que la niebi al granizu.
Pol Santa Lucía crecin lah nochih y menguan loh díah.
Cuandu Dioh quiel, con touh loh airih lluevi.
El tiempu no se lo comi el lobu.
Agua corría no lleba picaldía, y agua pará lleba cagá.
La cosa eh que la jiguera dei jiguh, que aluegu melqui u no melqui.
El que ehtá jartu, no s'acuerda del que ehtá fartu.
Dehpuéh del burru mueltu, la cebá al rabu.
En boca cerrá, no entran mohcah.
Lah hobrah, sonin pa lah sobrah.
El buey jartu, bien se lambi.
El bien y el mal, a la cara sal.
De jiguh a brebah.
Añu de brebah nunca lo beah.

El selbil y el casal, a guhtu de ca cual.

Pocu a pocu, jila la bieja el copu.

Con pan y binu, s'anda el caminu.

Tal palabra me idih, tal corazón me ponih.

A mal tiempu, buena cara.

Cuandu el cochinu se laba la cara, tou el mundu lo mira.

Mientrah yo tenga manuh y lengua, no necesitu quien m'atienda.

Mueltuh y pol nacel, bengan touh a comel, y si algunu biniera, coma de lo que trujiera.

La dorra mua de pelu, peru no de cohtumbrih.

Pol muchu pan nunca eh mal añu.

La mujel y la gallinita, caserita.

El tomillu sanseru tien birtud, que s'abri pol en mediu y tien una cruh.

El que tien lengua, a Roma ba.

El que tien boca, no dih asopla.

Lo diju Blah, puntu reondu.

Deloh dehcuidiauh comi el cochinu y anda gordu.

Cuchillu que ni pincha ni colta, manque se pielda n'impolta.

La cuña de la mihma maera, eh la que mah apreta.

Aondi entra la grasa, no entra la masa.

En bíhpirah de malchal—No te pongah a jugal—Polque te ponih a perdel—Lo que tienih en tu abel.

El que se ba de su silla, monta en Sevilla.

El que se ba y buelbi, nunca lo pieldi.

La oración de San Benitu, sí no me lo dah te lo quitu.

Jahta labal loh cehtuh, tou eh bendimia.

De lah grandih cenah, ehtán lah seporturah llenah.

Quien compra sin pueel, bendi sin querel.

Si quieh bel a tu suegra culeal, métila en un arenal.

El buen binu no necesita ramuh.

A la mujel bigotúa, jende lejuh se le salúa, y si puei sel, no la cojah pol mujel.

El que no ehtá acohtumbrau a bragah, lah cohturah le jadin llagah.

Dorra que duelmi, no comi gallinah.

Dorra que ba de pasu, candilazu.

Buen día de caza, que se dehperedan loh galguh.

El bagal, jah cucharah.

Jierra el caballu a guhtu del amu.

El pehcaol de caña, comi mah que gana.

Pucheruh y cazuh, no oyin loh trompazuh.
Contra la injuhticia (jus icia) y la inquisición, chitón.
El que ehtá enfelmu del culu, en ningún sitiu ehtá seguro.
El buey jartu, anda dehpaciu.
Pa bel a tu maríu gorditu, dehpuéh de lah sopah dal'un traguitu.
Perru bieju y cazaol coju.
En lugal de belgüenza, se dejan lah cosah aondi se encuentran.
Lobu a lobù, no se muerdi.
Pa lah cuehtah arriba yo quieru burru, que lah cuehtah abaju yo me lah subu.
De ques'un cachu, que te duri un añu.
Binu d'añu y día, pan d'antidía y carneru del mehmu día.
Trah la lechi, dij'el teatinu, no bebah binagri, agua ni binu.
Llaga en la coyuntura, tien mala cura.
Cuand'el bazu creci, el cuelpu ennegredi.
En toah lah casah cuecin jabah, y en la mía a calderáh.
Pa pasal jambri y dal diner', el pohtreru.
Lo que otru súa, pocu dura.
La culebra jería, de su sombra se ehpanta.
Ca obeja, con su pareja.
Ca mochuelu, a su ñíu.
Ca mochuelu, a su olivu.
Obeja que berrea, pieldi bocau.
Cielu aborregau, a loh treh díah mojau.
Muera el gatu, muera jartu.
Al que tien biciu, la puerta en el quiciu.
A lah dieh, se quea la calli pa quien eh, pa perruh y gatuh y pa genti de maluh tratuh.
Gallu que no canta, algu tien en la galganta.
Del álbul caíu, touh jacin leña.
Pleitu pol menuh eh.
Combelsacion y besitah, poquitah.
Cuandu cai el burru, se le dan loh paluh.
Bobilachu, aondi touh loh tontuh tienin cachuh.
El que tou lo quiel, tou lo pierdi.
En el paíh de loh cieguh, el tuelt'eh el rey.
El arti de gobelnal, eh sabel disimulal.
Pol muchu pan, nunca eh mal añu.
Ni píah a quien piyó, ni silbah a quien silbió.
Te casahtih, t'enterrahtih.

En la puelta del rezaol—No dejih el trigu al sol—Polque deja de rezal—Y lo met'en el cohtal.

Enamórati, María, si quierih ehtal pulía.

Cielu ehtrellau y con corona, al día siguienti mona.

Quien inodentimenti peca, inodentimenti se condena.

Ca probeti, lo que tien meti.

De bien a mal, s'anda mal.

Ni jechu buenu, ni palabra mala.

De día no beu, y de nochi m'ehpulgu.

Comu la carni de la obeja, si la quieh la comih y si no la dejah.

Comel calient', eh comel a guhto de toa la genti.

Dami gordura y te daré gelmosura.

Del toru mansu me libri Dioh, que del brabu me libru yo

Tou lo tien buenu la toleana, puelca, cochina y marrana.

Mi mairi me jidu del rabu d' una obeja; yo quieru sel buena, y el rabu no me deja.

A farta d'hombri de bien, jadin a mi maríu alcaldi.

El que no tien mujel, toítuh loh díah la mata, y el que la tien la guarda.

Ca carneru, pol suh pieh se cuelga.

Dioh me jaga amu, manque sea d'un tomillu.

El peci gordu, se traga al flacu.

Cagandu duru y meandu claru, se ehcusa médicu y cirujanu.

Loh que de señorih moh preciamuh, comel tardi u no cenamuh.

Da el sol en lah humbríah, y tempra lah aguah fríah.

Dioh te dei mal comenzal.

Peldiendu y aprendiendu.

Mah enseñan loh fracasuh, que loh éxituh.

Aondi no hay muelti, hay suelti.

Al caballu regalau, no hay que miralli el dienti.

Mah bali un toma, que doh te daré.

A Dioh amandu y con el mazu jarreandu.

El qu'a jierru mata, a jierru mueri.

Al que comi y macha, de toítu le pasa.

El que b'a pol leña veldi, cuantu máh anda máh pieldi.

El que quiera polluh pal día del Señol, qu'echi la gallina pol l'Asunción.

S'a la injuria dejah un meh, te dej'ella a ti treh.

Aond'ehtá el cuelpu, entra la muelti.

Adetunah, vacah y doblonih, pa loh fanfarronih.

¿Quién es tu tía?, la que te combía.
El que da primeru, da doh vedih.
Dehcarzu y sin sombreru, al jundón, qu'eh galapagueru.
Si quieh a tu vecinu belu mal, métil'en un pajal.
Toíta la gent'eh menehtel, ponel piera en la paré.
El que no tien pueblu ni casita, toítuh loh barriuh habita.
Mañanita de niebla, taldi de paseu.
Tropezal y no cael, adelantal camin'eh.
A la puelta del pahtol, llamó la jambri y no entró.
La cría y el gallu, d'un añu.
De quinc'a benti, s'enamora la genti, y de bent'a trenta, m'echaré mi cuenta.
Loh maríuh y loh hijuh, pol lah obrah son queríuh.
El caballu grandi, and'u no andi.
Pueltah jabieltah, mujel alelta y dehcompuehta.
Erih comu María la del cohtal, deseand'echalt'a bolal.
Del ciel'abaju, ca unu bibi de su trabaju.
En casa del probi, primeru rebental que subri.
Erih de la caliá del toldu, lah patitah flacah y el culitu goldu.
Alégrati barriga la que ehtei flaca, que ya bienin granandu lah albejacah.
Entre palu y palu, dehcansan lah cohtillah.
Te paedih al milanu, con lah alah caíah y el papu sanu.
El oficiu del niñ'eh pocu, y el que lo pield'eh tontu.
Comu soy del campu, pol aondi quiera me zampu.
El melón pol la mañana oru, pol la taldi plata, pol la nochi mata.
Cuandu la puelca se laba la cara, toit'el mundu la repara.
Al fin y al cabu, al cabu y al fin, máh corr'el galgu qu'el mastín.
Quien no bes'a la suegra el culu, tien que cagal bland'y duru.
Abril y Mayu, lah llabih del añu.
De mih puntáh te reiráh, poru de mi bolsicu no te reiráh.
Comu com'el mulu, cag'el culu.
Si quieh secal un cilgüelal, siémbral'un parral.
Endihpuéh del peu tiral, no silb'el culu cerral.
Mi hereer'eh mi tragaeru.
Mah bali gota de sangri, qu'arroa de amihtá.
El qu'a su hija quiel casal, de loh airih de Malzu la debì gualdal.
Ehpecie de nochi y candil de día, cosa peldía.
Al caballu jimplón, calga mayol.

Cuandu lluebi pol Santa Bibiana, sí sí sí no, cuarenta díah y una semana.

Agua qu'ehcucha, ehpera mucha.

Cuand'el mochuelu mía, eh de nochi, no de día.

Cuand'el mochuelu mía al punto de meyu día, agu'a loh treh díah.

Bay bien preparaítu, y paeceráh bonitu.

Bíhtiti comu te llamah, u llámati comu te bihtih.

El que quiera peldel, que tenga criauh y no loh bay'a bel.

El que tenga jadienda que l'atienda, y el que no que la benda.

Pol Santiagu ehcond'el conej'el rabu; pol San Andréh se le buelb'a bel.

Al amigu y al caballu, pocu meneallu.

Si no hay bientu, no hay mal tiempu.

Dineru bali, lo que dineru cuehta.

Miel y quesu, sab'a besu.

Quien comi la señal del pan, se sueña con quien se b'a casal.

Cuandu Febreru no febrerea, Malzu malcea.

Siega baj'y tendráh paja y granu.

Cría fama y échat'a dolmil; críala mala y ya te pueih moril.

En tiempuh de jiguh, no hay amiguh.

Treh pol ochenta, la mehma cuenta.

Una be y na máh, Santu Tomáh.

El traji, jah al paji.

Cuandu niebla en Eneru, toit'el añ'eh templaneru.

Si quieh salil d'Eneru, da buert'al gallineru.

Si en Eneru la zigüeña para, la niebl'eh rara.

Eneru llorón, Junio tronón.

De quien pon loh ojoh en el suelu, no fiih tu dineru.

Del montón entre tuh jelmanu, primeru palteja que metel la manu.

La mula y la mujel, pol alaguh jadin el mandau.

La luna d'Eneru y el amol primeru.

A ríu rebuertu, ganancia de pehcaorih.

Cuand'el ríu suena, agua lleba.

Al que madruga, Dioh le ayúa.

El buchi recienti, cómilu con tuh parientih.

La lumbri de loh laironih, cuatro tironih.

Grand'u chicu, jahta cael de jocicu.

El matrimoniu bien abeníu, tien que sel uníu.

La labol no quiel mireriah.

Pol San Aguhtín, jila la mocita junt'al candil.

En Agohtu, friega la tinaja del mohtu.

Si Malzu vuelv'el rabu, no quea obeja con pelleja, ni pahtol enzamarrau.

Pol juera mairi, que pol drentu no lo bey naidi.

Jadel balbechu pa cogutah.

La mejol balbechera, en Mayu l'ehperah.

En Abril balbechal, en Mayu rebinal.

De lo dau ni quitau, y de lo ajeuu menuh.

Desgaciado en el juego afortunado en amores.

VOCABULARIO Y FRASES GARROVILLANAS

Abul.—Adiós, vete con Dios.

Acuquinal.—Acobardar.

Acusía.—Pedir tragua en el juego.

Abarrancal.—Acobardar.

Adivinicu.—Adivino.

Adul.—Azul.

Adial.—Aplazar.

Aguati.—Aguárdate.

Aguachinal.—Aguar.

Agüelu.—Abuelo.

Agüelinu.—Abuelito.

Agatial.—Trepar.

Ajimplal.—Sollozar.

Ajilal.—Emprender la marcha, marchar.

Ajiló.—Ir derecho a un lugar determinado.

Ajilibuh.—Avíos, aperos, trebejos.

¡Ajajá!—Así.

Ajocical.—Caer de bruces, dar con la cara en tierra.

Alantri.—Delante.

Alohpuéh.—Después.

Alicantinah.—Enredo, cosa de poca importancia.

Alica.—Inhábil, sin vigor, débil, etc.

Amancornau.—Decaído, abatido.

Amañaúra.—Lo que sobra. Añadido.

Amelga.—División del terreno para la siembra.

Antiel.—Antes de ayer.

Antobía.—Aún, todavía.

Antruejuh.—Carnavales.

Antucah.—Paraguas.
Antigual.—Antes igual.
Aondi.—Donde.
Apoquinal.—Pagar pronto una deuda.
Arranquil.—Rama gruesa con pitones para colgar calderos.
Arremeal.—Remedar.
Arrepapalosu.—Bollos de pan en la sopa.
Arrihcau.—Enamoralizo.
Asín.—Así.
Asina.—Así.
¡Asinajá!—Conformidad (de así, así y ajajá).
Atilbal.—Acertar.
Avial.—Preparar.
Avíu.—Preparo.
Avatiná.—Casi nada.
Avati.—Casi casi.
Aveliá.—Habilidad.
Baqueal.—Luchar a brazo partido.
Bebi loh bientuh pol la fulana.—Enamorado de la fulana.
Bera.—Trozo de pan casi todo de corteza.
Berucu.—Trozo de pan grande.
Bejinu.—Que tiene mucho genio. Enfermedad de cereales.
Berraquera.—Berrinche.
Bilronga.—(Ir de, andar de) callejeo.
Bilihtrajuh.—Despojos, desechos, desperdicios.
Bicharracu.—Objeto feo.
Bichuruchu.—Despectivo aplicado a las personas.
Bondongu.—Comilona especial (algunos designan así a la nalga).
Botifora.—Comilona.
Boletu.—Dar libertad.
Buchi.—Estómago (embutido que se hace con él).
Buchenchi.—Bocanada de agua u otro líquido.
Bulrra.—Burla, mofa.
Bulrrehcu.—Burlesco.
Burdel.—Barullo.
Bruñuelu.—Buñuelo, churros.
Ca.—Adverbio de negación. No.
Carea.—Perro que sabe juntar las ovejas de la piara.
Cachorrera.—Pejiguera.
Cachonera.—Pejiguera.

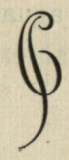
Cachuela.—Matanza de cerdos.
Cachimbá.—Comer mucho.
Cagarrucialsi.—Tener mucho miedo.
Cambullil.—Columpiar.
Cambulleru.—Columpio.
Caporal.—Chico travieso y astuto.
Caraiti.—Carácter.
Barabeal.—Hablar, conversar.
Caraba.—Conversación.
Caroca.—Mentira.
Cegañutu.—Casi ciego.
Cofaina—Palangana.
Cerullu.—Miedo.
Coguta.—Cogujada.
Compajinalsi.—Hacer compañia.
Cuai cuandu.—Dentro de poco.
Cuantih cuantih.—Casi nada, poquito.
Culatazu.—Caer de nalgas.
Cuña.—Falta que se comete en el juego.
Cuyu pan dehgarrah.—De quién eres, cómo te llamas.
Cuaira.—Cuadra.
Cuairau.—Cuadrado.
Currutracu.—Ser indefenso, despreciable.
Corniquebrau.—Toro de astas rotas o despuntadas.
Cutau.—Cuitado, infeliz.
Cutainu.—Diminutivo de cutau.
Chancleta.—Inhábil.
Chalpazu.—Caída.
Charrahca.—Tabaco fuerte.
Cimbiliqui.—Pequeño.
China.—Cabeza.
Chinchona.—Breva sin madurar.
Chinohtra.—Cabeza.
Chichi.—Chorizo, embutido.
Churrín.—Cobijo o guarida para evitar el peligro.
D'acá.—Del lado de acá.
D'acá p'allá.—De acá para allá.
Daleal.—Ladear.
Dambuh.—Ambos.
Drácala mandrángala.—De expresión indeterminada.

Dangarriana.—Pereza, no tener ganas de trabajar.
Dejechamenti.—Directamente.
Dehgalamíu.—Desnutrido, débil.
Dehbandujalsi.—Reventarse.
Dehtirajal.—Estirar.
Dehchangalsi.—Romperse.
Dehchicharralsi.—Reventarse.
Dehpacientalsi.—Impacientarse.
Dehpanzurral.—Destripar.
Dehtolnillau.—Chiflado.
Dezaleal.—Destrozar.
D'is que.—Dice que.
Dorra.—Zorra.
Dorra u porra.—Una cosa u otra.
Dejesa.—Dehesa.
Dende.—Desde.
Donchi.—Hoyo pequeño para juego de bolindres.
Dumbal.—Zumbar.
Ende.—Desde.
Ehpetal.—Espetar.
Enque.—Aunque.
Endenantih.—El de antes.
Enteosu.—Delicado, remilgado.
Ehtreodih.—Trévedes.
Ehtrogamu.—Estómago.
Engatusal.—Engañar.
Endihpuéh.—Después.
Engarabitau.—Encogido.
Falfarrallu.—Estropicio.
Fatu.—Olfato.
Filihmilih.—Débil, pequeño.
Geitu.—Gesto.
Guebra.—Huebra, jornada de trabajo.
Galrru.—Beber a chorro.
Gambeti.—Cuello.
Gañoti.—Cuello.
Gandonga.—Holgazana.
Gandayu.—Holgazán.
Garual.—Lloviznar.
Garrúa.—Lluvia fina.

Guarín —Ser despreciable.
Güesu.—Hueso.
Intri.—En el momento.
Imbu.—Señal de juego de pelotas.
Idil.—Decir.
Jabatá.—Cuchillada.
Jabataína.—Cuchillada pequeña.
Jadel balbecho pa cogutah.—Trabajar para otro.
Jadera.—Finca rústica sin muros.
Jarapil.—Jornalero.
Jadel.—Hacer.
Jadena.—Alacena.
Janega.—Fanega.
Jaci.—Haz.
Jerri que jerri.—Terquedad.
Jend'aquí.—Desde aquí.
Jend'allí.—Desde allí.
Jesa.—Dehesa.
Jincal el cuencu.—Morir.
Jincal la crehta.—Morir.
Jimplal.—Sollozar.
Jimplíu.—Suspiro.
Jiñal.—Defecar.
Jarteti.—Harto.
Jartura.—Hartura.
Jeol.—Hedor.
Jeríu.—Herido.
Jarreal.—Andar de prisa.
Jopeal.—Andar de prisa.
Jornu.—Horno.
Jochi.—Hoyo pequeño.
Jolcaju.—Terreno estrecho y oculto.
Joci.—Hoz.
Jocinu.—Hoz de más curvadura.
Jolgación.—Holgazán.
Juitiba.—Huída.
Juí.—Fuí.
Jumá.—Puñalada grande.
Jundón.—Fondo.
Juélliga.—Huella.

Jeyondu.—Que huele mal.
Leú.—Pan mal fermentado.
Mairi.—Madre.
Mairina.—Madrina.
Manque.—Aunque.
Manina.—Hermanina.
Manu.—Hermano.
Macanú.—Grande.
Manu.—Primero.
Malmelucu.—Torpe.
Mataúra.—Herida.
Metaílla.—Medida de aceite.
Me lah guillu.—Me voy huyendo.
Meícu.—Médico.
Meirosu.—Medroso.
Migu.—Yo.
Miriñaqui.—Débil.
Morilla.—Ladrillo o piedra que se pone delante de la dornaja.
Muchu fufú y pocu ñiquiñaqui.—Mucho aparato para nada.
Ná.—Nada.
Naíta.—Nada.
Naidi.—Nadie.
Nú.—No.
Nacencia.—Tumor, nacimiento de un ser.
Nangaruta.—Fruta no madura.
Ondi.—Donde.
Pairi.—Padre.
Paji.—Parece.
Pa.—Para.
Paeci.—Parece.
P'alantri.—Para adelante.
Paparretah.—Barro o lodo blando.
P'atráh.—Para atrás.
Palrral.—Hablar.
Palrrauría.—Habladuría.
Peirera.—Pedrera.
Pendel.—Depender.
Poel.—Poder.
Pollerah.—Enaguas.
Porra.—Ultimo.

Poh.—Pues.
Petal.—Agradar.
Pusíu.—Terreno sin labrar.
Probaliá.—Probabilidad, posibilidad.
Probena.—Echar tierra en la cintura (juego de niños).
Polque durra polque burra.—Terquedad.
Petajigu (a).—Salir corriendo.
Pilrrau.—Enamorado.
Petisecu.—Flaco, debilitado.
Palplineru.—El que habla con poco fundamento.
Pochu.—Podrido.
Puiríu.—Podrido.
P'acá.—Para acá.
P'allá.—Para allá.
P'ahí.—Para ahí.
Poh sí.—Pues sí.
Poh no.—Pues no.
Posinó.—Pues si no.
Raíu.—Raído, medida justa.
Renti (al).—Al pie.
Roúra.—Herida de rozadura.
Rehpelongalsi.—Colgarse, suspenderse de un sitio alto.
Regolfa.—Corriente fuerte de agua.
Ruosu.—Difícil, guerrero.
Rehpalijón.—Raspailón.
Regüetru.—Erupto.
Sumanta.—Paliza grande.
Siehgu.—Sesgo.
Tullíu.—Baldado, paralítico.
Tras.—Detrás.
Tras trás.—Posterior al tras.
Trahporra.—El penúltimo.
Traquíu.—Chasquido.
Títarih.—Títeres.
Tupil.—Hartarse.
Tupa.—Hartazgo.
Trahmarinuh.—Ultramarinos.
Tobía.—Todavía.
Toítu.—Todo.
Vai.—Ve.

Vaiti.—Vete.
Vien.—Ven.
Vienti.—Vente.
Velay.—Helo ahí.
Vía.—Veía.
Viera.—Hubiera.
Zurrutracu.—Se aplica en sentido despectivo a las personas o cosas.
Zahcandil.—El que no puede estarse quieto.
Zafarranchu.—Estropicio, barullo.
Zangandongu.—Holgazán.
Zurral la pámpana.—Pegar.
Zurra que eh taldi.—Obligar, exigir, estimular.
Zurrícamele.—Paliza.

MOISÉS MARCOS DE SANDE